

CAPÍTULO 0

Con los ojos aún hinchados y entrecerrados por el efecto molesto de la luz que se cuele por las cristalerías del dormitorio, me acerco al oído de la que yace aún profundamente dormida a mi lado, y simulo el sonido del clásico despertador barato del todo a cien, aumentando los decibelios en cada secuencia: «¡títitit!..., ¡títítítitit!..., ¡títítítítititititititit!...».

Risueña, como siempre, María me abraza y esconde su cabeza entre mis brazos en un intento de alargar unos minutos más el placentero remoloneo matutino. Aún acurrucados, intento planificar mentalmente algún plan dominical suficientemente apetecible como para espolearnos fuera de la cama.

—Te invito a comer fuera —murmuro.

—¿Al Gallego? —contesta, sin mover una pestaña.

—Uhuh —confirmo justo antes de volver a quedar profundamente dormido.

Una hora y media más tarde, a cinco minutos a pie de nuestro apartamento, encontramos hueco a las puertas del

restaurante en una de las mesas metálicas que hay desparrramadas en el típico chaflán esquinero de nuestro barrio, l'Eixample Esquerra de Barcelona. A primera vista podría catalogarse como un antro cutre y feo donde, a duras penas y sólo en caso de extrema necesidad, uno se atrevería a tomar un cortado rápido a pie de barra. Sin embargo, la calidad, cantidad y exquisitez de las tapas de marisco e ibéricos con las que deleitan a los comensales, siempre acompañadas, por supuesto, de vino turbio helado, lo han convertido en uno de nuestros restaurantes favoritos.

Tras acordar repartirnos a partes iguales la elección de tapas —dos tú, dos yo—, y la clásica trifulca donde a María le da por vetar y reemplazar cada uno de mis nombramientos, damos cuenta de la primera botella de turbio parlotando animadamente.

A nuestra derecha, una pareja de guiris entrada en edad y de piel ultra-churruscada por el sol, con la que por cierto podríamos estar compartiendo velada dada la reducida distancia entre mesas, no deja de mirar curiosa y descaradamente hacia nosotros.

—*Excuse me, what is this?* —pregunta por fin la respetable señora, señalando la botella que a estas alturas ya está casi finiquitada.

—Vino turbio —afirmo con orgullo, como quien entiende del tema.

—*White wine* —aclara María, ante la cara de incógnita de ambos, mientras hace una señal a la camarera para que reponga la nuestra.

—*Another one here, please* —añade el hombre gamba.

—Rafa, tenemos que irnos a vivir al extranjero —suelta María, sin venir a cuento.

Intento reaccionar rápido:

«¡Camarera, cancele la segunda botella! ¡Y vosotros dos a la p... mesa del fondo!», pero ya es demasiado tarde.

Tengo treinta y un años, llevo ocho trabajando como ingeniero en la misma empresa donde me ha costado sudor y lágrimas hacerme un hueco, y pertenezco a ese tipo de personas que echan raíces e intentan evitar los cambios. Aquellas que sólo se sienten cómodas cuando andan en terreno conocido.

María, sin embargo, con sus veintiocho recién cumplidos, en los cuatro que lleva ejerciendo como ingeniera ha cambiado tres veces de empresa y, efectivamente, se aburre de las cosas antes de empezar a hacerlas. La monotonía, si es que puede llamarse así a todo aquello que dura unos pocos días, es el peor de sus enemigos.

Precisamente, aunque suene algo paradójico, dichas diferencias de carácter encajan a la perfección. Nos consideramos el complemento perfecto el uno del otro, como si la complejidad propia de las relaciones entre parejas pudiera sintetizarse en un simple puzle de dos piezas.

Y así, encajados y algo aturridos por el vino fresquito, sin prestar ya demasiada atención a los de la mesa de al lado, empezamos a soñar en voz alta, augurando lo que podría llegar a ser un futuro lejos de lo que durante años ha sido nuestra vida.

No es la primera vez que el controvertido tema sale a la palestra, pero hoy se respira en el ambiente una motivación e ilusión palpables. Presagiamos algo más duradero

y sólido que las simples palabras y planes que suelen quedar abandonadas sobre la mesa entre las copas ya vacías de vino. Quién no se ha preguntado alguna vez: «¿Y si dejamos todo y nos vamos lejos para empezar desde cero?»

Si echamos un vistazo a nuestra situación actual, ambos podríamos tacharla de inmejorable. Cerca de la familia y amigos, con dos buenos trabajos que nos permiten vivir sin preocupaciones, un ático pequeñito, pero extraordinario, en uno de los barrios más emblemáticos de nuestra estimada Barcelona... Entonces, ¿por qué cambiar?

Es tan sencillo como mirar hacia el futuro y ser incapaces de avistar algo distinto a lo que hemos estado viviendo estos últimos cuatro o cinco años. Un mar en calma, plano como un plato, sin una ola, sin un sólo remolino, siguiendo la hoja de ruta preestablecida, la que viene marcada y está aceptada por todos.

María hace ya tiempo que pretende dar un golpe de timón. Su visión más romántica de la realidad la decantan hacia una actitud marcadamente temeraria, saltando siempre de cabeza antes de comprobar si hay agua que amortigüe el testarazo. Así que, en parte por mi carácter en parte por necesidad, un servidor suele adoptar el papel de abogado del diablo, aportando la parte más cruda de la realidad e intentando calibrar la intensidad del impacto emocional y, como buen catalán, económico.

En cierta manera, a los dos nos conviene desarrollar y mejorar nuestro nivel de inglés. María se muere por tener una experiencia laboral en el extranjero, y hace varios meses que me ronda por la cabeza hacer un *break* en mi

carrera profesional. Me atrae la idea de reciclar y ampliar ideas, por qué no, estudiando un máster.

Como añadido, la situación actual del país no es ni mucho menos alentadora. El frenazo inmobiliario y el estallido de la crisis financiera están salpicando a todas las industrias, de modo que actualmente no hay una sola posición de trabajo que no penda de un hilo. La ruleta está en marcha, cientos, miles de españoles son señalados a diario y empujados a las colas del paro. Ayer fue un conocido, hoy el excompañero de universidad, mañana nos puede tocar a nosotros, y de no ser así, no queda más que resignarse a vivir con dicha incertidumbre y aclimatarse a una nueva era de posiciones laborales volátiles y cada vez peor pagadas.

Visto el panorama, atravesar las fronteras de la unión europea se plantea como una de las pocas alternativas razonables.

Con ayuda de la tan recurrida calculadora del teléfono móvil y anotando en el mantel de papel las cifras más representativas, presupuestamos a grandes rasgos el nuevo plan de futuro. A lo sumo podríamos sobrevivir un año entero a costa de todos nuestros ahorros.

Tras un tira y afloja durante el que hemos dejado atrás ya el tercer chupito de crema de orujo, hemos conseguido acotar el marco de acción y determinar varios requisitos indispensables. País de habla inglesa, como mínimo dos ciudades grandes y atractivas, con un nivel de vida igual o por encima del español, económicamente estable, cierto grado de originalidad, con escasas barreras culturales, donde predominen sol y calor frente a nubes y frío, cerca de la costa,